

*transeans.* (Psal, cxi, 10.) Los desventurados mortales yacian heridos por los salteadores de los caminos, y revivieron por los cuidados del piadoso Samaritano; pero este mismo Samaritano defiende á su Madre para que no sucumba: *Singulariter*, etc.; fueron presa de las garras de la bestia infernal cuantos pasaron de la nada á la existencia. Jesus con su sangre despojó al fuerte armado, pero despedazó los dientes de la bestia para que no hiciesen la más mínima lesion á María: *Singulariter sum ego*, etc. Y qué: ¿no tenía Jesus la fuerza suficiente para consumir esta hazaña? En una empresa tan gloriosa para Él, ¿creemos que tuvo ménos cuidado de su Madre divina, que el que tuviera el fuerte Sanson de su propia madre terrena? Bajaba este jóven robusto de su país á otro extraño para desposarse con una jóven, amada de él apasionadamente desde el punto que la viera por primera vez; tras de él caminaba su madre, compañera de su viaje, cuando, al entrar en los límites de los filisteos, empieza á temblar el bosque con los espantosos rugidos de un leon, que, encarnizado y avezado con la sangre humana, se preparaba á manchar sus garras en dos víctimas. Nada temeroso por su propia vida, sólo piensa Sanson en proteger á su madre; jamás usó de sus fuerzas con más heroismo y gallardía; y adelantándose, miéntras el mónstruo posesionado del camino abria sus horrendas fauces para tragarlo, se arroja intrépido sobre él, y tomándolo por las mandíbulas, forcejea con él, lo vence y lo despedaza, no de otro modo que si fuera un corderillo recién nacido. Siendo, pues, Sanson una de las figuras de Jesucristo, segun todos los Padres y Doctores, figuras de que está lleno el Viejo Testamento, y en las cuales Dios fué delineando la vida de su Hijo, ¿por qué no diremos nosotros que, así como la primera hazaña del fuerte Sanson fué librar á su madre de las uñas del fiero leon, lo fué tambien en Jesus el preservar á la suya?

Así es, amados mios; la primera empresa y la más gloriosa del Redentor fué ésta; conducido en alas de su amor hácia los hombres, bajaba desde el alto cielo para desposarse con la naturaleza humana, que amaba con amor infinito desde que la crió; por su bondad inefable quiso unirse para siempre con ella con lazos eternos é indisolubles, y al mismo tiempo que habia decretado su bajada del cielo, decretó tambien la existencia de su Madre, de la cual no quiso jamás separarse, aunque podia por sí solo obrar la redencion y reconciliacion humana. Deseoso de nueva presa, y de presa tan escogida, sale de su cueva el rugiente mónstruo, y se levanta el raptor violento de las gentes para apoderarse de la vírgen destinada á ser Madre de Dios. Lo diremos para gloria del Hijo y de la Madre: ésta, como hija de padres débiles, no tuviera alientos para resistir sola á las impetuosas garras del dragon infernal; pero le salió al encuentro su Hijo, y miéntras iba á pasar su Madre, cuando Dios la iba á sacar de la nada para que empezase á existir, destrozando á la espantosa y horrenda bestia, la arrojó al abismo de donde saliera para que su Madre no tuviera ni aún el disgusto de ver su cadáver ensangrentado y destrozado. ¡Oh redencion bellísima, singular y especialmente cara á los ojos de María! Yo no creo que jamás su alma fuese inundada de mayores gozos que cuando pensaba que su pureza original era el fruto suave de la Cruz de su Hijo, y de la sangre que derramára en el Calvario.

Pero ¿qué hago yo, amados mios, en demostraros que María, en el primer instante de su concepcion inmaculada, fué singularmente amada sobre todos los hombres, cuando excedió en aquel punto mismo á todos los ángeles, por sublimes y encantadores que sean? Porque, dejando á un lado todos los dones con que sucesivamente la enriqueció Dios; dones que mi lengua no puede enumerar, sólo con presentaros el cuadro de lo que fué en el

momento que empezó á existir, los espíritus angélicos quedan muy atrás. La preservó de la culpa y del fómite de la concupiscencia; la concedió un dominio soberano sobre todos sus apetitos, y una inclinacion vivísima al bien obrar; encendió en Ella la luz de la razon y un conocimiento claro y despejado de todos sus actos; la adornó de gracia santificante y de todas las virtudes que la acompañan; ¿y no es esto una prueba la más convincente de que Dios amó á María en su concepcion, más que á los dos primeros hombres y más que á todos los ángeles? ¿Cuánto no se esmeraría en adornar á esta mujer, en cuyo obsequio habia presentado, por espacio de cuatro mil años, las figuras más expresivas en las Raqueles y Judithes, en las Déboras y Esteres, con otras que no nombro, por ser conocidas aún de las personas más vulgares? Desengañémonos, hermanos míos: es propio de la debilidad humana poner en gran expectativa las cosas pequeñas para que aparezcan grandes; pero Dios no obra así; Dios no hace grandes preparativos, sino para cosas que han de ser muy grandes; empleó cuarenta siglos en preparar los hombres á recibir al Mesías, porque haría cosas estupendas y superiores á la fuerza humana; empleó el mismo tiempo en representar su persona y sus virtudes, ya en los Patriarcas, ya en los Profetas, ya en los Reyes, ya en los sacerdotes santos, ya, por fin, en todos los primeros héroes del mundo antiguo, porque el Mesías sería aquel á quien, como dice el Apóstol amado, Dios no daría la gracia con peso y medida; á la par de este Mesías era figurada y prometida su Madre; el Hijo sería enemigo del demonio, y la Madre estrellaría su cabeza; así es que, prometida por tanto tiempo, expresada en tantos tipos, representada en tantas figuras, al ser criada su alma, al entrar á santificar el cuerpo que sería santuario de la divinidad, su naturaleza es aquella de la cual dice con razon San Ambrosio que fué hecha sin peso, sin nú-

mero y sin medida. Ved, pues, si en aquel momento fué superior á los ángeles; pues habiendo Dios dado á éstos la gracia por partes, á María la dió con toda la plenitud. ¿Y cómo no? ¡Qué hermosa, qué acabada no sería esta fábrica, este palacio animado del Rey del cielo, cuando la maternidad divina era como el regulador de todas sus perfecciones? ¿Cuántas no serian las gracias que saldrian de un Dios infinitamente rico de todos los dones, y el cual, por mucho que dé, siempre queda inexhausto? Sí, en aquel feliz primer instante fueron superiores á las de todos los hombres, lo fueron á las de todos los ángeles; fueron gracias extraordinarias, gracias casi infinitas, casi incomprensibles.

Y esta verdad nos la demuestran á cada paso las divinas Escrituras, sin que quede lugar á duda alguna; porque María es aquel monte cuyas raíces, según Isaías (II, 2), empiezan en las vértices de las más gigantescas montañas; María es aquella ciudad cuyos cimientos están afirmados en los collados externos, según David. (Psalm. LXXXVI), y esta mística Sion es tan agradable á los ojos de la Divinidad, que, según se expresa el mismo Profeta-Rey, ama Dios su entrada más que lo interior de los tabernáculos de Jacob: *Diligit Dominus portas Sion, super omnia tabernacula Jacob*. Ya no me miran los elogios que de esta Virgen hacen los Padres de la Iglesia: no me extraña oír decir á un San Pedro Damiano que cuando esta obra salió por primera vez de las manos del Supremo Artífice, no era inferior sino al que la crió (*Serm. de Annunt.*); á Bernardo y otros, que á todos los demás Santos la gracia les cayó gota á gota, pero á María vino toda de un golpe, como una lluvia instantánea ó como un caudaloso rio que, saliendo de madre, inunda los campos, sin que parte alguna de los valles quede desocupada de las aguas; gracia singular, porque el alma de María fué amada de Dios desde el primer instante de

su concepcion con un amor de hijo, amor el más grande que puede imaginarse, porque el amor hácia una madre no tiene semejante ni en su intension ni en sus límites; gracia singular, porque las que se dan á los Santos son gracias dadas á hijos adoptivos, pero la que se dió á María fué como aquélla que, siendo Madre, se sentaria un dia junto al trono de su Hijo para estar como perdida entre los resplandores de su divinidad. ¡Oh Dios inmortal! ¡Cuántas y cuán abundantes no serian las gracias de que estuvieron llenos tantos Patriarcas santísimos que existieron ántes que María! ¡Cuán ricos y cargados hemos visto á otros que vivieron despues de Ella! ¡Un Discípulo amado del Salvador! ¡Un Pedro, columna y fundamento de la Iglesia! ¡Un Bautista precursor! ¡Un Francisco de Asís! ¡Un Javier! ¡Tantos portentos que asombran á los mismos incrédulos! ¡Tanto ejército de mártires! ¡Tanto número de vírgenes! Y, con todo, María es superior á todos y á cada uno; y desde su primer instante tenía Ella más santidad que todos los Santos juntos en su consumacion.

Desde entónces fué enriquecida, no sólo de la gracia santificante, sino de todas las demás, tanto teológicas como morales; todos los dones del Espíritu Santo se aposentaron en su alma; todos los hábitos que ordinariamente no se dan, sino que se adquieren con la repeticion de los actos, le fueron infundidos; y en vista de esto, no nos admiremos que su concepcion sea comparada en la Escritura á la aurora: *Quasi aurora consurgens*. No sólo es María en su Concepcion como la aurora por ser Madre de Jesus, que es el sol de justicia, sino por haber tenido ella sola todas las virtudes de los Santos de uno y otro Testamento. Oidme aún por unos momentos. Todos sabemos que la aurora participa de dos límites: de los de la noche que pasa, y de los del dia que llega, recogiendo de uno y otro cuanto tienen de más precioso: de la noche, los sue-

ños más apacibles, los céfiros más suaves, los rocíos más fecundos; del dia, la parte más florida, los más vivos y deliciosos colores, el período más templado; al ser concebida María, pasaba la noche de la Ley escrita y empezaba á alborear el dia de la ley de gracia, recogiendo en sí cuanto habia habido de más precioso en la antigua, y cuanto habria de sobrehumano en la nueva: *Quasi aurora consurgens*; la esperanza de los Patriarcas y el celo de los Apóstoles; la fé de los Profetas y la ciencia de los Doctores; el valor de los capitanes y la constancia de los mártires; y, por fin, uniendo en sí dos cosas, que parecian opuestas, tuvo de un modo nuevo y milagroso la fecundidad de las mujeres israelitas y la pureza virginal de las doncellas cristianas.

Nadie lo dude, pues, amados míos: por mucha que sea la elevacion de María, por ser Madre de Dios; por grande y extraordinario que sea el amor que Dios la tuvo, no hubiera sido amor de hijo el dejarla caer en la culpa original. ¿Cómo hubiera tenido la gloria de destruir el pecado y vencer al demonio, naciendo de una madre que hubiera sido pecadora por un momento? ¿Cómo hubiera despedazado al dragon infernal, permitiendo que su Madre cayese en sus garras horrendas? Desterrado éste á los abismos, encadenado entre los fuegos eternos, le hubiera siempre quedado la gloria de que en su misma derrota habia tenido la habilidad de no quedar vencido, pues habia ensangrentado sus dientes en la Madre de Dios; y esta criatura, destinada á hollar y pulverizar la cabeza de la serpiente, ¿qué desconsolada no se vería al contemplar que la misma serpiente que tiene á sus plantas la habia dominado por algunos momentos, la habia vencido y encadenado? Siempre vencedora, ¿hubiera permitido su Hijo que alguna vez fuese vencida? Siempre hermosa como la luna, ¿habria empañado su tersa y blanca luz con las nubes del pecado? Siempre escogida como el sol,

¿habrían cubierto sus resplandores los vapores de la culpa? Siempre terrible como el ejército bien ordenado, ¿hubiera sucumbido á los tiros infernales? ¡Oh! No. Desde su primer momento María venció al demonio, porque en él la demostró su Hijo-Dios todo su amor y cariño: desde toda la eternidad Ella era la única paloma, la única perfecta y la única escogida, y nada de esto hubiera sido si no hubiese aparecido sin mancha desde el primer instante. ¡Oh instante feliz! ¡Instante privilegiado! ¡Instante tan amado de María! ¡Qué emociones tan dulces no siente mi corazón al recordarte! ¡Instante en que María, no sólo fué distinguida de todos los demás hombres, preservándola el cielo de que no cayese, sino también fué elevada sobre todos los ángeles por los hermosos atavíos de gracia y virtud con que la adornó Aquel que sería su Hijo, Aquel que un día estrecharía en sus brazos, y á cuyas plantas vendrían los mismos serafines á adorarle á Él y á adorar á su Madre!

Cantemos, pues, al Señor himnos suaves y jocundos, por el amor que demostró á su Madre al criarla más pura que los ángeles; los fundamentos de esta santa Sion no fueron echados sino entre las fiestas y regocijos de los habitantes de la tierra. *Fundatur exultatione universa terra, mons Sion, civitas regis magni*: María es este monte Santo, María es esta ciudad donde viviría el gran Rey; los cielos y la tierra estaban demasiado manchados; la idolatría había llenado de horror todo el mundo conocido; había ofrecido sus inciensos, no sólo á las estatuas del demonio, sino á la milicia del cielo, al sol, á la luna, á los astros; todo estaba manchado, y de todas partes había pretendido la malicia humana arrojar á su Dios, hasta que se echaron los fundamentos de esta ciudad, á donde no pudo penetrar ni el pecado ni su sombra. *Civitas regis magni*: lugar santo de la habitación y morada del Eterno, elegido y santificado por Él, para que sus miradas y su

corazón residiesen en su centro para siempre. *Civitas regis magni*. Elevemos, pues, nuestro regocijo hasta lo más alto de los cielos, de donde María nos ve y nos oye, y donde se alegra con nosotros, con tal que nuestros corazones estén puros y nuestras almas libres de pecado.

¡Oh Virgen Inmaculada! Desde ese trono de gloria donde residís al lado de vuestro amado Hijo, y desde donde contempláis la alegría de vuestros hijos en este día glorioso, volved una tierna mirada sobre los que estamos bajo tu amparo; extended vuestra mano benéfica sobre estos vuestros hijos, que tienen tanta gloria en saber que su Madre puede sacarlos del pecado y conducirlos al cielo. Y así como nosotros tenemos el mayor empeño en solemnizar aquel instante en que vuestra alma inmaculada fué infundida en el velo más hermoso que jamás tuvo la gracia divina, así Vos ¡oh Madre nuestra! interesaos en protegernos en aquel instante en que nuestras almas han de abandonar su habitación terrestre, de la cual por vuestra intercesión salgan para ir al otro mundo tan puras y santas como Vos estuvisteis cuando entrásteis en éste. Así sea, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.